

¡POBRE ZENOBIA! VIVIR CON JUAN RAMÓN

ARANTXA GIL MUÑOZ

IES Tierrablanca. La Zarza

«...pero siempre ha sido así en la vida, lo suyo y lo mío entremezclados.»

Zenobia Camprubí, *Diario 3*, 23 de marzo de 1956*

Zenobia Camprubí era una chica guapa, de buena familia, inteligente, políglota, activa y con inquietudes intelectuales que un día se tropezó con Juan Ramón Jiménez en una fiesta. No le hizo mucho caso, pero él había decidido que tenía que ser ella y la sometió a asedio. Todos los días Juan Ramón se sentaba en un banco situado frente a la casa en la que vivía Zenobia y allí esperaba sus salidas. La paciencia obcecada del poeta dio su fruto y, tras sortear las reticencias de la madre de su amada, siguió a Zenobia hasta Estados Unidos, donde la pareja contrajo matrimonio el 2 de marzo de 1916. A partir de ese momento, unidos ya para siempre, cada uno se dedicó plenamente a su obra: ella a él y él a la poesía.

Desde antes de casarse, pero sobre todo a partir de ese momento, Zenobia llevó con asidua aplicación un diario. A este ejercicio modestamente literario quedó reducido el mundo creativo de Zenobia. Juan Ramón se convirtió en una presencia principal, a veces asfixiante, en su vida, no hubo tiempo para nada más que no fuera él, él y su obra. Atrás quedaban, entonces, sus primeros cuentos, publicados desde los catorce años; o sus estudios sobre el arte de Sorolla, aparecidos en revistas universitarias estadounidenses; o sus trabajos como traductora (la base de la famosa traducción que Juan Ramón Jiménez hizo de Tagore hay que buscarla en un trabajo realizado años antes por su mujer). Zenobia lo sacrificó todo a cambio, tan sólo, de poder compartir la trayectoria, vital y literaria, de uno de los más grandes poetas en lengua española. En un prodigioso ejercicio de omnipotencia, Zenobia se convirtió en la sombra protectora de Juan Ramón.

Siempre que hablamos de Juan Ramón hablamos, indefectiblemente, de su dedicación a la poesía. Decimos aquello de que para él su obra era su Obra, con mayúsculas

* Después de algo más de una década, la editorial Alianza, en colaboración con la Universidad de Puerto Rico, y en edición de Graciela Palau de Nemes, ha concluido la publicación de los diarios de Zenobia Camprubí con *Diario 3. Puerto Rico (1951-1956)*, Madrid: Alianza, 2006 (se reeditan, además, los dos tomos anteriores). Este tercer volumen ha servido de base para la redacción de este artículo.

y que se le fue la vida entre versos, obsesionado por la palabra precisa, por la inmanencia de la poesía. Decimos todo eso y pasamos por alto que Juan Ramón comía todos los días, se lavaba, se cambiaba de ropa, de vez en cuando necesitaba cambiar de zapatos y, cómo no, vivía en algún sitio. Porque hacía todo eso..., ¿o no? Pues, aproximadamente, sí, y de ello se ocupaba Zenobia.

Y no era una tarea tan sencilla como pudiera parecer, porque Juan Ramón, en su neurosis, nunca fue una persona dócil, ni siquiera para aquello que tenía que ver con su bienestar personal. Anota Zenobia en su diario, el 25 de septiembre de 1955, que «la enfermedad del pobre Juan Ramón consiste en eso: en crear conflictos —sin otro objeto ulterior—». A Zenobia le costaba un sufrimiento, ya en los últimos años de su vida, que su marido se cambiase de ropa, que accediese a no presentarse en público lleno de lamparones, que se dejase cortar el pelo o las uñas, que no le pusiera peros al barbero que iba a casa a acicalarle la barba. En muchas ocasiones se queja Zenobia de lo terco que se volvía su marido, negándose a estas pequeñas cosas que cualquiera consideraría de primera necesidad; se queja amargamente de tener que recurrir a medidas extremas para que Juan Ramón se aviniera a razones y se dejara adecentar. Así, por ejemplo, escribe Zenobia:

Al volver a casa, J.R. me dijo que se negaría a recibirlo [al peluquero] y yo, viendo que esta era la última barricada para poderlo adelantar en el porvenir, después de gritarle todas las barbaridades que pude, sin éxito, le dije que me iría de casa a las 11:30 si él despedía al hombre a las 11, y me puse a preparar la maleta. Esto fue lo único que sirvió, y ojalá se me hubiera ocurrido antes de barbarizar tanto (23 de abril de 1956).

Otra vez, Zenobia se declaró en huelga de hambre hasta que Juan Ramón no se asease, y tuvo que saltarse desayuno y comida...

Las manías del poeta no parecen tener fin y se acentúan con la llegada de la vejez. Durante su estancia en Puerto Rico, Juan Ramón da en encontrarse alérgico a los olores y rehúye la compañía de la gente escudándose en que los olores le provocan enfermedades. La pareja se aísla del mundo, con gran descontento de Zenobia, que era una persona sociable; apenas si reciben en casa y, desde luego, no salen. Para que Juan Ramón se mueva de su casa, Zenobia se ve obligada de nuevo a usar la imaginación y, así, lo pasea en el coche, del que nunca se apea su marido. Pocas veces consigue arrastrarlo hasta el teatro o alguna sesión de música o de poesía y, encima, muchas de esas pocas veces tienen que regresar a casa antes de que todo haya terminado.

Por otro lado, Zenobia tiene que luchar, también, contra la desmedida afición de su marido por los sanatorios. Allí donde otras mujeres deben soportar con estoicismo, y contrarrestar con astucia, los placeres que sus parejas encuentran en los cafés y las reuniones nocturnas, Zenobia tiene que ingeniárselas para evitar que Juan Ramón se recluya en un sanatorio. Ya en su juventud, el poeta había pasado temporadas ingresado en estos centros, donde parece encontrarse muy a gusto. Dice Zenobia el 4 de junio de 1955 que lamenta no poder compartir con Juan Ramón la noticia de que le

ha llegado el dinero de una herencia porque «en cuanto cree que hay lo bastante, se quiere recluir en un hospital [...]. El hospital es malísimo para él y yo no vivo, pensando en lo que pudiera estarle ocurriendo». Pocos días antes Zenobia había escrito lo siguiente: «Yo he asegurado a J.R. que si vuelve a dejarme por un sanatorio, yo me voy a Estados Unidos». A finales de 1955 Juan Ramón fue ingresado para tratarle de su depresión crónica; sólo la ausencia de Zenobia en las visitas, ocupada como estaba tomando una medicación preventiva contra el cáncer, logró sacarle de allí.

Juan Ramón mostró siempre una dependencia emocional absoluta de su mujer. Ella le era necesaria para todo, en ella descargaba todas sus neurosis. Zenobia sabía que su dedicación abnegada no era buena para su marido, sabía que él se aprovechaba de la inquietud que le provocaba, sabía que a Juan Ramón le gustaba sentir que ella se preocupaba por él. En muchas ocasiones Zenobia descubre, a veces con asombro, que el ser doliente que ha dejado en casa reprochándole acremente su marcha, ha usado del tiempo en soledad provechosamente: «J.R. desespera de que me vaya, pero luego resulta que ha visto revistas y periódicos y tiene que ser durante mi ausencia, porque cuando yo estoy presente no hace más que tratar de alarmarme por su salud» (5 de julio de 1955).

Los diarios de Zenobia nos muestran, además, al poeta en el momento de la creación, un testimonio valiosísimo de tan íntimo. Zenobia nos explica cómo, en ocasiones, tiene que encerrarse a trabajar en el baño para evitar que su presencia turbe a un Juan Ramón invadido por el ansia creadora. O cómo ella, secretaria oficial del poeta, se encarga de pasar los manuscritos a máquina y cómo estos originales mecanografiados, nada más pasar a manos de Juan Ramón, eran cubiertos de correcciones y cambios, de modificaciones que había que volver a poner en limpio, para caer de nuevo en un bucle que nunca parecía tener final. En el último de los diarios publicados, Zenobia nos deja entrever el método utilizado por Juan Ramón para la confección de sus sucesivas *Antologías*. Juan Ramón recortaba de libros o revistas los poemas que había decidido antologar, sin anotar de dónde los sacaba, estropeando todo tipo de publicaciones, creando una confusión de papeles en la que sólo Zenobia sabía poner orden. Hasta tal punto dependía Juan Ramón de las labores de secretaria de su mujer que, si daba en creer que iba a morir, sólo se serenaba cuando ella le decía que el único objetivo del resto de su vida sería «seguir ocupándome de su obra, de sus editores, de su Sala aquí [en la Universidad de Puerto Rico] y que en los veranos volaría en mi mes de vacaciones a España para seguir ayudando en Moguer con el Museo y buscando al escritor joven que me ayudase a editar su obra» (26 de noviembre de 1955).

Pero la gran preocupación de Zenobia en sus últimos meses de vida era «qué solución dar al cuidado de J.R. si a mí se me acaba la cuerda» (18 de marzo de 1956). Para Zenobia era evidente que la mejor opción pasaba por el regreso del poeta a España, donde su familia podría atenderle, entenderle y darle el calor que necesitaba; pero Juan Ramón se resistía al retorno, no deseaba incorporarse a la España franquista. Juan Ramón no quería pensar en la vida sin Zenobia. Juan Ramón, alarmado ante esa posibilidad, requeiebra a su mujer:

«Cuando yo sentí la vida es cuando yo te quise a ti» es una de las primeras preciosas cosas que J.R. me dijo cuando salimos a dar una vueltecita de media hora. Me dijo muchas más, lindísimas, que hubiera querido apuntar, pero cuando me detuve a sacar la pluma y escribirlas, encontré que me había dejado el portamonedas en casa, y me tengo que contentar con ésta y con la que me dijo a nuestro regreso, a pesar de que ésta ya refleja su estado de ánimo deprimido y descorazonador: «Envuélveme con tu luz para que la muerte no me vea» (1.º de enero de 1956).

El poeta cuida a su mujer, dentro de sus posibilidades, hace llamadas telefónicas a los médicos para interesarse personalmente por su salud, le prepara los medicamentos, se preocupa por que no le falte de nada. «Me cuida mucho y eso es excelente para él. ¡Qué haría yo sin él! 40 años en que nos hemos ido queriendo cada vez más» (1.º de abril de 1956).

Una semana antes de la muerte de Zenobia, un periodista sueco se acercó al hospital donde agonizaba la mujer del poeta, para hacer una entrevista a Juan Ramón. Ante la situación que encuentra, pidió permiso para poder adelantar a la familia, en el más estricto secreto, la concesión del Premio Nobel de Literatura a Juan Ramón Jiménez. Zenobia, semicomatosa, entonó una canción al conocer la noticia. Juan Ramón sólo dijo: «Ella es quien lo merece».

Zenobia murió mientras Juan Ramón acariciaba su mano. El poeta se negaba a creer que su mujer ya no estuviera allí. Y se negó a separarse de ella y la veló durante todo el día y toda la noche. La acompañó en la iglesia y sólo se marchó cuando su cuerpo reposó, por fin, en su tumba. A ella regresó al día siguiente para estar a solas con Zenobia y después se sumió en la desesperación.



Juan Ramón no era una persona fácil, nunca lo había sido antes de conocer a su mujer y nunca lo fue después. Amaba la poesía y amaba a Zenobia. Quizá podríamos plantear, de una manera simplista, que ambos objetos amorosos contendieron a lo largo de toda su vida por la atención del poeta. ¿Qué era más importante para él? Durante los últimos meses de Zenobia, Juan Ramón le propuso morir juntos, quitarse la vida a la vez, desaparecer unidos, como se puede leer en el último diario de su mujer (21 de marzo y 1.º de mayo de 1956). Una vez desaparecida Zenobia, el poeta tuvo que dejarse vivir durante dos años más. Si realmente aquello fue una lucha, ganó Zenobia.